

Regodeos seniles

TIEMPO hacía que a la vieja Sinfrosa se le había concedido la jubilación, con el salario y la asistencia de siempre, el tabaco, las medicinas y todos los privilegios, propinas y aguinaldos que en la casa disfrutaba.

Desde que se fundara había entrado en ella con el flamante matrimonio, pues era nada menos que madre de crianza del marido. Criole luego, uno a uno, todos los frutos de bendición que Dios fué enviando, con amor entrañable de abuela. De éstos había ya varios casados, y Sinfrosa siguió con los biznietos, cual si estuviese predestinada, en su esterilidad de soltera, a llevar en su regazo de mestiza los vástagos nobilísimos de la fecunda raza de Meneses.

Tales títulos le daban en la casa el prestigio especialísimo de la tradición y del vínculo. En verdad que Sinfrosa era parte integrante de la familia, y ella, por su parte, no tuvo ni reconoció más deudos que a sus patronos y a sus descendientes.

El resto de la servidumbre, un tanto extraña y de datas más o menos posteriores, veía con secreta envidia la privanza y metimiento de la vieja. Mas, como los señores ordenaban que se la tratase como a miembro importante de la familia, y como la casa fuese infanzona y de larguezas disimulaban el encono contra la veterana por no disgustar a patronos tan llenos y generosos.

No abusaba ella de su encumbrada posición con los demás sirvientes; no era mandona ni preponderante, sino que, a causa de la holganza y ociosidad de su jubilación, se le habían anticipado las chocheas y empalagos de la senectud en términos de aburrir a las veces hasta a sus mismos reconocidos patronos.

Era su consigna quedarse en su cuarto, en dulce recogimiento, y salir a ratos a tomar el sol de Dios donde mejor se le antojase. Pero la soledad la atediaba y la consigna no se cumplía. Renquea que más renquea, trasegaba todo el día, del zaguán a la cocina, de los baños a las pesebreras, husmeando aquí, esculcando allá, en una verbosidad afluyente y ofuscadora. De tal modo se le habían irritado el trato y la sociabilidad que, si no tenía interlocutor, hablaba sola, ni más ni menos que un héroe de teatro. No eran pocas las sofoquinas de la señora con los cabildos que armaba, en el portón o en la «puerta falsa», con todos los que pasaban, no menos que con la taifa de pordioseros astrosos que atraía no tanto por socorrerlos cuanto por darles palique. Sus temas

favoritos eran las grandezas del pasado y las calamidades del presente.

Las cosas de ahora!... Valientes cosas! Eso para los tiempos del difunto don Juan Antonio, el taita de «el niño Sergio». Eso sí era casa, eso sí eran jardines, eso sí era señorío, no estas trampas de ratón que usaban ahora, donde se topeteaban los cristianos, donde no tenían los niños ni una triste arboleda para sus retozos. Y aquella despensa, colmada por arrobas y cargas de cuanto había enviado Nuestro Señor para alimento de sus criaturas; y aquel repostero que parecía, mismamente, unas bodas reales; y aquellas camas, con flecos de «seda de Castilla», rodapiés como paños de altar y holandas a rodo; y aquella mantelería y aquellos tinajeros y aquella plata labrada. Eso sí eran comedores, eso sí eran aposentos. Y ver ahora! Todo tasado como en «casa de mendigos», todo lo mismo que jáulas como si la tierra se hubiera acabado, todo de palos de tabaco, todo de mentiras. Y ¿qué dijera ella de aquel chocolate que se derretía en la piedra como unto de ángeles? Aquello trascendía por toda la casa en sonando el molinillo; aquello era gloria y toma de reyes y de obispos, no este agualate de ahora, sin pizca de manteca y que olía a mugre. Mal hubieran las tales máquinas y los tales embelecos.

En cuanto a males y alifafes los sufría y lamentaba en variedad pintoresca: ahora, la fatiga en la boca del estómago; ahora, la ventosidad encajada; ya, el dolor en las paletas; ya, en toda el arca del cuerpo; y, como el ápice de tantos padecimientos, el achacón supremo, que siquiera la costreñía a tomar cama. Eran «los tres vientos»: «el histérico, el melancólico, el pocondría». Aquí el aplicarse el vaho de romero y manzanilla, el tomar el cidrón y la mejorana, las friegas de aguardiente con yerbabuena, el envolverse las piernas con bayetas y franelas, y el propinarse la purga de calomel y jalapa.

«¡Me derrito que ni cera en el rescoldo con estos fogajes!», exclamaba en los salones, entre soplos y resoplos. «¡Pobrecitos los caminantes con este resisterio!» En las lluvias eran los clamores. Acurrucada junto al fogón, chupa que chuparás el tabaco con el cabo encendido hacia adentro, tiritaba como una perlática: «¡Se me parten mis pobres güesos con estos hielos! Este invierno va acabar con el lendejo de vieja. Ya siento que me agarra el rematís canilla arriba!»

Frecuentes eran sus monólogos contra la plaga. De noche, las chinches

que le roían las zancas y el pescuezo; de día, las pulgas que no le dejaban en paz; las moscas, si era al sol; las hormigas, si era a la sombra; los gusanos, si iba al jardín; el zumbambico, si pasaba por el gallinero; los alacranes, si entraba al cuarto de los trastos. Y aquello era el expurgarse, el sacudirse, el rascarse. Cuando se le entraba alguna nigüa era una película, con la sacadura y las unciones de saliva, gordana, enjundia y de cuanto hallaba.

Cuando traían a casa los biznietos eran tales sus parlamentos y discursos, que los angelitos se le dormían borrachos con la verba avasalladora.

Sólo los señores y «los niños» tenían el derecho de llamarla «Vieja». Con los demás que le diesen el dictado, se ponía iracunda: «Pena de la vida, el que no llegue a viejo», replicaba siempre. No confesaba los años, como buena hembra. El Patrón, que le conocía esta nota, se le descolgaba a veces con la tremenda pregunta. «Eso lo sabe mi Dios, niño Sergio. ¿Yo pa qué lo voy a saber? A yo no me importa, tenga los años que tuviere». Sólo el amor y respeto a su amo e hijo, podían refrenarle aquella rabia.

Sinfrosa tenía sus reales, que Fortuna es deidad arbitraria que favorece a quienes menos lo necesitan. Don Juan Antonio le había dejado una herencia que le manejaba «el niño Sergio», lo mismo que la mayor parte de sus salarios. De tiempo atrás los iba acumulando para ver de realizar su ideal, pues Sinfrosa también tenía su ideal. Se lo había inspirado no el amor a la vida, sino el temor a la muerte: soñaba su gran postrimería muy litúrgica, con mucho rumbo y protocolo, a saber: administración bajo palio, buen ataúd, mejor mortaja, entierro mayor, bóveda en el «Cementerio de los ricos», misas a San Gregorio, cabodeaño y saldo para las ánimas.

Cada mes reclamaba dos pesos, que repartía entre los frailes mendicantes, las Hermanitas de los Pobres y dos de sus ahijadas más que míseras. No era, sin embargo, rezandera ni amiga de hermandades. Sólo comulgaba e iba a misa por precepto; y, desde que habían prohibido la pólvora y la chirimía en las festividades religiosas, no concurría a ninguna.

El hambre le enconaba lo mismo en los bochornos que en los fríos. Según la cocinera, comía más que un cáncer. Cada rato se le acercaba: «A ver, hólita, echame un traguito de caldo, que me mata esta debilidad. Dame una uñita de presa, que me caigo de fatiga».

Sus extras alimenticias eran tales, que hubo que darle forja para su uso exclusivo. Hervía leche, tibiaba huevos, hacía chocolates, calentados y